

detenida y cuidada elaboración de que ha hecho gala el autor, incluyendo además un claro panorama legal en nuestra patria. No era para menos, tratándose, como ocurre en este caso, de una institución de tan grande arraigo en España (3). En lo que respecta a la silla eléctrica y a la cámara de gas, es de destacar la atmósfera que rodea a tales aparatos, descrita, por cierto, con singular maestría por Sueiro. Sin decir nada nuevo, establece con exactitud — a través de la silla eléctrica y la cámara de gas—, el puente entre las concepciones antiguas —preñadas de inhumanidad y falta de respeto hacia la apariencia humana—, y las modernas o indoloras, las cuales, como puede observarse en el Apéndice final, servirán, a su vez, de tránsito obligado hacia el realismo futurista, caracterizado, según las modernas corrientes, por la técnica de la persuasión.

Sin embargo, a mi modo de ver, lo más destacable de todo el libro es el estudio que Sueiro hace del «verdugo español actual» —obra que no se había emprendido desde la Pardo Bazán, Sender o Baroja—, en base a una entrevista sostenida como uno de los tres ejecutores que cumplen sus funciones en nuestra nación. A través del aparentemente irrelevante y festivo diálogo sostenido con el brazo ejecutor de la justicia criminal española: aparecen perfectamente delineados los caracteres que conforman tan extraña personalidad. El verdugo de hoy —según reza la canción popular—, resulta que igual tiene un hermano que es guardia civil que otro que cumple condena de seis años en el penal del Puerto de Santa María. Cabeza de familia, de maneras burguesas, mal pagado en sus funciones «Ahora además, ya no es como antes; ahora sale algo muy de tarde en tarde... Abre su cartera y muestra la copia de un recibo por una doble ejecución efectuada en el año 1963, en la que le correspondieron de prima cinco mil y pico pesetas...»—, orgulloso de su instrumental —«la guillotina le parece brutal; la cámara de gas es un envenenamiento; la silla eléctrica es algo desastroso; *lo nuestro es mejor*—, no le gusta mirar, «pero, hay que vivir...!»

Finalmente, debemos elaborar la selección de grabados realizada por el autor. A través de ellos, pueden conocerse desde las más antiguas a las más modernas formas de ejecución. De un realismo plástico inimaginable es la decapitación de un guerrillero yemení por medio de la espada (vide números 91, 92 y 93), aunque todos ofrecen inapreciable interés.

P. L. Y. R.

**VON HENTIG, Hans:** «Estudios de Psicología Criminal. VI. El desesperado». Traducción de José Belloch Zimmermann. Madrid, Espasa-Calpe, 1969, 294 págs.

Mantiene el traductor el título original de la obra «desperado», vieja palabra española que significa criminal temerario y sin escrúpulos y que: todavía perdura en las tierras del norte de América que fueron españolas.

(3) En las crónicas anteriores al XVI, se hace referencia a la forma de ser ahogado, y que, perfeccionada más tarde, recibió el nombre de garrote en el siglo XVI. Así, la Nueva Recopilación (lib. VII, tít. XII, Ley XLVI) dispone que nadie pueda disparar saeta contra los que así fueren condenados, «sin que primero sea ahogado».

Para Hentig, el desesperado es un sicópata o criminal que presenta una disposición regresiva tanto somática como psíquica; es el resultado de unas energías que le obligaron a ser así; es un sujeto en el que bulle la desesperación fría, crónica e impasible; lo considera como una regresión del ser humano al estado primitivo. El gangster moderno es en muchos aspectos el tardío heredero del desesperado.

En la obra se trata del desesperado en la segunda mitad del siglo pasado en el revuelto Oeste americano, época y lugar donde más se dio esta clase de criminal. Limita el espacio de aquél entre las tierras de Misuri, el Pacífico, Río Grande y Columbia.

Estudia en la primera parte las fuerzas del medio ambiente que van a influir en el desesperado. Los cambios rígidos de temperaturas afectarán a los precedentes de otros países o regiones. El medio social, reflejado en las catástrofes políticas que llevó a una guerra en la que todos los ciudadanos descendían a la descivilización y sacan a relucir sus cualidades primitivas, buenas o malas. El estímulo de las fuerzas económicas que llevó al Oeste a gran cantidad de gente en busca de riquezas, pertenecientes a diversas razas, pueblos, religiones, ideas políticas y cultura; éstos procedían, en su mayor parte, de familias empobrecidas, sin trabajo, o eran vagabundos, delincuentes, fracasados y aventureros, en suma, las ovejas negras de cada familia. La construcción de los primeros ferrocarriles, la vida errante y asocial de los cow-boys y los conflictos por tierras sin dueño o ricas, también influyeron en la aparición del desesperado. Este encuentra un ambiente propicio y aparece por todas partes. La vida aquí no tiene importancia. El sistema nervioso se altera y las crisis psicológicas son frecuentes. Los vicios proliferan y los asesinatos son muy abundantes y los motivos más diversos, robo, injuria, embriaguez, etc. Sólo se respetaba a la mujer, por ser poco numerosas, ya fuesen decentes o prostitutas. La emigración hacia el Oeste constituye una marcha de la muerte, en que los elementos más inquietos se eliminan mutuamente.

Dedica la segunda parte a la variante humana. Trata del desesperado entre los jugadores profesionales. Hay otros que son asesinos a sueldo, matan a cualquiera por unos cuantos dólares. Algunos mataban por el mero placer de hacerlo o simplemente por buscar nuevas emociones. No falta quien se convierte en criminal por vengar una injusticia. A veces el desesperado se pone al lado de la justicia, lo importante para él es matar, no le importa el motivo.

El desesperado era en su aspecto físico un sujeto alto, musculoso y bien parecido; con frecuencia son pelirrojos, de ojos azules y zurdos. Algunos eran hasta educados y agradables, aunque también los había tímidos, groseros y con lenguaje defectuoso. Sin embargo, no faltaban los que tenían algún defecto físico, bizcos, tartamudos, deficiencia visual y su aspecto en general era de lo más corriente. Los ojos fríos, casi metálicos y los zurdos, dice Hentig, se dan con frecuencia en los gangster actuales.

Se daba con frecuencia entre los emigrantes que al Oeste llegaban la psicosis y la epilepsia, así como los impulsos de huida. El cambio de vida contribuía a la distensión psíquica y la suerte repentina al igual que la desgracia puede ocasionar un desequilibrio psíquico. La gran desarmonía

motórica llamada desesperación, de la cual ha tomado su nombre el desesperado, siempre se consideró como un estado de ánimo sumamente peligroso. Casi todos bebían con exceso para estimularse y esto originaba nueva serie de peleas y matanzas, debido al fondo psicopatológico de los embriagados. Sin embargo, algunos desesperados no bebían ni fumaban.

En la parte tercera considera el desprecio a ciertas razas o nacionalidades. Los indios eran perseguidos y se les mataba de formas horribles; éstos hacían lo mismo en revancha contra los blancos y por haberles quitado parte de sus tierras y exterminarles la caza. Los mejicanos también fueron perseguidos, aunque menos que los indios, tal vez porque eran cristianos y estaban imbuídos de la civilización española. A los chinos se les odiaba por su capacidad de trabajo y sentido del ahorro. A los negros se les contempló con cierta simpatía, tal vez porque eran pocos y no ofrecían competencia. Solamente se respetaba a los ingleses y franceses porque se sabían defender. Todos los males eran achacados a los extranjeros y ante la persecución también surgió entre éstos algún desesperado.

La protección legal, que en principio no existió, hubo de ser iniciada por los propios ciudadanos. Aparecen jueces y jurados populares. Surge la figura del sheriff y comienzan a actuar los primeros abogados. En alguna ocasión llegaban funcionarios judiciales procedentes del Este. De todas formas tenía una fuerza extraordinaria la opinión pública, tuviese o no razón.

Dedica la última parte al problema de la regresividad. Admite Hentig la existencia de elementos regresivos en el ser humano, tanto en el campo anatómico como en el de la conducta. El ser humano expuesto al desgaste es más dilatante de lo que nos imaginamos. Hay en nuestro interior fuerzas retrógradas que ante una serie de circunstancias hacen desaparecer los efectos de la educación y aparece el fenómeno de la descivilización. En el hombre descivilizado, dice, duerme la «bestia desconocida» que puede revelarse ante un estímulo exterior y es posible que el desesperado sufriera una regresión salvaje que se retrotrae a siglos anteriores. Uno de los rasgos regresivos de éste que más llama la atención es su vitalidad, la que encontramos en el criminal y en el gangster es una herencia de épocas prehistóricas, cercanas a los animales.

Es lógico concluir, termina diciendo, que también entre los pueblos civilizados hay una serie de tipos «reversibles» cuyo número depende del grado de presión retrógena del ambiente. Cuando se reúnen fenómenos reductivos fisiológicos y factores psicológicos con los factores de sugestión de masas cabe que aparezca regresión. Las guerras han hecho revivir estas situaciones y a veces nos descivilizamos para no sucumbir.

Se aprecia en la obra de von Hentig, que para él es el desesperado algo similar al delincuente nato de Lombroso, es decir, «un ser atávico de fondo epiléptico e idéntico al loco moral».

Si fuéramos partidarios de la transmisión hereditaria (\*) de la criminalidad diríamos que Norteamérica, el país de mayor y más grave delincuencia del mundo, debe la misma a aquella semilla que sembraron los emigrantes

(\*) Sobre la transmisión de caracteres hereditarios en la criminalidad y causas del delito, véase nuestro trabajo *Delincuencia juvenil en España. Estudio criminológico*, parte segunda.

de diversos pueblos y razas que allí llegaron y que componía la hed de ios mismos. Sin embargo, hay bastante de realidad en el fondo. En la herencia de la criminalidad hay que considerar dos aspectos, el «genotipo», que es aquello inalterable, que no cambia, es lo que transmite el progenitor a su prole y apenas tiene valor en la criminalidad y el «fenotipo», que es el producto de la herencia y el ambiente, pudiendo ser modificado por ambos. La criminalidad en sí no se hereda, no obstante se pueden transmitir ciertos caracteres que al ser estimulados por una fuerza exterior pueden llevar al sujeto a delinquir; es su constitución fenotípica. Esta sin duda ha influido en la criminalidad americana, tanto en el siglo pasado como en los momentos actuales. Muchos de los gangsters y delincuentes de hoy no están separados más que por un par de generaciones de aquellos desperados que proliferaban en las tierras americanas hace poco más de medio siglo.

Conocer las causas de la criminalidad es prácticamente imposible; se pueden precisar algunas, pero otras muchas quedan ocultas. Se conoce el móvil que indujo al autor a cometer un delito, pero se desconoce su personalidad, que es lo importante, formada por multitud de circunstancias. No todos los psicópatas, paranoicos, epilépticos y tarados psíquica o mentalmente son delincuentes, ni mucho menos, ni todos los delincuentes son tarados. En todo caso influye el mundo exterior y la educación de ese autor en potencia; si el estímulo no aparece, tampoco habrá reacción criminal, y, en caso de aparecer, habrá que contar con la personalidad del provocado que le llevará a delinquir o a saber dominarse y evadir el delito.

En cuanto a que buen número de desperados fuesen altos, musculosos, con ojos azules y pelirrojos no debe sorprendernos, pues la mayoría eran americanos procedentes del Este y su constitución física general responde a esas características. En cuanto a la existencia de algunos zurdos hemos de señalar que también eran frecuentes las personas que en aquella época utilizaban la mano izquierda, ya que los padres no se preocupaban de educar y corregir a sus hijos; por tal motivo también se dan algunos casos de delincuentes zurdos en la actualidad, pues generalmente proceden de clases humildes donde la educación e instrucción apenas existe.

En España difícilmente se encuentra el tipo del desesperado, entendiéndolo por tal el criminal desaprensivo. Sin embargo, la descivilización surgió con frecuencia en nuestra guerra civil donde aparecieron múltiples criminales: sin escrúpulos, debido a las circunstancias y posibilidad de quedar impunes.

Hay, en efecto, algo en el ser humano que a veces le impulsa a cometer delitos repugnantes, pero no se sabe en definitiva a qué causa responde. El ejecutar o no los hechos depende del estímulo exterior, la educación moral, la oportunidad y el temor a la justicia.

ALFONSO SERRANO GÓMEZ.

**VON HENTIG, Hans:** «Estudios de Psicología Criminal. VII. El delito-desconocido». Traducción de José Belloch Zimmermann. Madrid, Espasa-Calpe, 1969, 199 págs.

Se ha criticado mucho el valor de las estadísticas criminales, tanto que hay muchos que apenas les dan valor alguno. En lo penal ese valor no puede ofrecer el mismo índice de exactitud que en otros problemas o hechos.